

brado á hacerlos. ¿De adhesión á la revolucion? Tengo hechas mis pruebas. ¿De las rentas anejas á las funciones de obispo? Las dejo sin sentimiento. ¿Se trata de religion? Este artículo está fuera de vuestro dominio; no teneis derecho para atacarlo. Como católico por conviccion y por sentimientos, sacerdote por eleccion y obispo nombrado por el pueblo, no es de él ni de vosotros de quien tengo mi mision. Se me ha atormentado para que aceptara la carga del episcopado, y se me atormenta ahora para obtener de mí una abdicacion que no se me arrancará nunca. Obrando segun los principios sagrados que me son tan queridos, y que yo os desafio á que me arrebateis, he procurado hacer todo el bien posible en mi diócesis, y permanezco obispo para hacerlo aún. Invoco la libertad de cultos.»

Murmullos y sonrisas acogieron aquel animoso acto de conciencia. Acusaron á Gregorio de querer cristianizar la libertad. Los silbidos de las tribunas le acompañaron hasta su asiento. Sin embargo, la estimacion de los hombres cuya filosofía se remontaba hasta Dios le vengó de aquellos desprecios. Robespierre y Danton dieron señales de aprobacion á lo que habia dicho, indignándose en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia; pero la corriente era demasiado rápida para detenerla en aquel momento: ella arrastraba en su furia todos los cultos en la proscripcion del catolicismo.

Sieyès salió de su silencio para abdicar, no sus funciones, que nunca habia ejercido, sino su carácter sacerdotal. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar su filosofía cuando ésta triunfaba, así como la habia confesado ántes de su victoria sobre el catolicismo. «Ciudadanos,—dijo,—hace mucho tiempo que mis votos eran por el triunfo de la razon sobre la supersticion y el fanatismo. Este día, ansiado para mí, ha llegado, y me regocijo viendo en él el beneficio más grande para la república. He vivido víctima de la supersticion, pero jamás he sido su apóstol ni su instrumento. He sufrido por los errores de los demas, pero nadie ha sufrido por los míos. Nadie hay en el mundo que pueda decir que ha sido engañado por mí, y muchos me deben el haber abierto los ojos á la luz. Si he permanecido ligado con las cadenas sacerdotales, ha sido por la misma fuerza que sujetaba muchas almas libres en las cadenas reales. El día de la revolucion las he roto todas. No tengo títulos eclesiásticos que ofreceros, há mucho tiempo que renuncié á ellos, pero cedo en beneficio de la nacion la indemnizacion que se me ha señalado en cambio de las rentas eclesiásticas que poseia antiguamente.»

Chaumette dijo entónces que el día en que la razon volvia á recobrar su imperio merecia un lugar aparte en las épocas de la revolucion. En consecuencia, pidió que el comité de instruccion pública señalase en el nuevo calendario un sitio para el *día de la razon*.

XIX

«Ciudadanos,—dijo el presidente de la Convencion,—entre los derechos naturales del hombre hemos colocado la libertad en el ejercicio de cultos. Además de esta garantía que os debíamos, acabais de elevaros á la altura en que os esperaba la filosofía. No os hagais ilusiones: esas pantomimas sacerdotales insultaban al Sér Supremo, porque él no quiere otro culto que el de la razon. En adelante, ésta será la religion nacional.»

A estas palabras, el presidente abrazó al obispo de Paris. Los sacerdotes de su comitiva, adornados con el gorro encarnado, símbolo de la libertad que reconquistaban, salieron en triunfo de la sala y se dispersaron en medio de los aplausos de la multitud por las Tullerías. Aquella abdicacion del catolicismo exterior por los sacerdotes de una nacion en que brillaba hacia ya tantos siglos el poder del sacerdocio católico, es uno de los actos más característicos del espíritu de la revolucion. Si el ateísmo no hubiera sido el provocador de aquel despojo de los sacerdotes asalariados, si el terror no hubiera hecho violencia á la fe, si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convencion como una verdad en la república, si las religiones se hubiesen emancipado del poder del Estado para volver al dominio de la conciencia individual y libre, el orden religioso se hubiera fundado. Pero cuando la persecucion proclama la libertad, cuando se interroga á la conciencia frente al instrumento del suplicio, la conciencia no es libre, y la libertad se convierte en tiranía. El ateísmo habia mandado este acto, y se apoderó de él. Hizo que su triunfo fuese escandaloso, cuando debia ser el triunfo de la razon y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su faccion animaron más y más desde aquel día las profanaciones y devastaciones de los templos, la dispersion de los fieles, el encarcelamiento y el martirio de los sacerdotes que preferian la muerte á la apostasía. Los satélites de la municipalidad querian desterrar del suelo y del corazon de los franceses todo lo que pudiese recordar la religion y el culto del Crucificado. Las campanas, esa sonora voz de los templos cristianos, se fundian para acuñar moneda ó hacer cañones; las urnas y los relicarios, apoteosis populares de los apóstoles y de los santos, fueron despojados de sus adornos y arrojados á los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *santa ampolla*, que una antigua leyenda pretendia que era bajada del cielo para ungir á los reyes con un óleo celestial. Algunos de los directores de los departamentos prohibieron á los maestros que pronunciasen el nombre de Dios en la enseñanza de los niños del pueblo. Andres Dumont, comisionado en los departamentos del Norte, escribia á la Convencion: «Pongo presos á todos los clérigos que se atreven á celebrar las fiestas y los domingos. He hecho desaparecer las cruces y los crucifijos. El gozo me enajena. En todas partes se cierran las iglesias, se queman los confesonarios y los santos, y se hacen *cartuchos* de cañon con los misales y demas liturgias sagradas. Todos los ciudadanos exclaman: «¡Fuera los clérigos! ¡Igualdad y Razon!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laignelot perseguian hasta á los revendedores de cera que proveian á las iglesias. «Se desbautizan á bandadas,—decian.—Los clérigos queman sus títulos de órdenes. El cuadro de los derechos del hombre reemplaza en los altares á los tabernáculos de misterios ridículos.» En Nantes se hicieron hogueras en la plaza pública, en donde se quemaron las estatuas, las imágenes y los libros sagrados. Algunas diputaciones de patriotas iban diariamente á la Convencion á llevarle en tributo los despojos de los altares. Las ciudades y los pueblos inmediatos á Paris fueron procesionalmente á llevar también á la Convencion en carros los relicarios de oro, las mitras, los cálices, los incensarios, las patenas y los candeleros de sus iglesias. En unas banderas plantadas sobre montones de despojos llevaban la inscripcion siguiente: *Destruccion*

del fanatismo. El pueblo se vengaba con insultos de lo que por tanto tiempo habia adorado, confundiendo á Dios con sus resentimientos contra el culto que se le habia tributado.

La municipalidad quiso reemplazar con otros espectáculos las ceremonias de la religion, y el pueblo asistió á ellos como asistia á todas las novedades. La profanacion de los lugares sagrados, la parodia de los misterios y el brillo pagano de los ritos, le atraian hácia aquellas pompas. Creia que con esto desterraba las *tinieblas* que despues de tantos siglos reinaban en aquellas sagradas bóvedas, y que hacia entrar en ellas la luz, la libertad y la razon. Pero faltaba sinceridad en estas fiestas, adoracion á sus actos y alma á sus ceremonias. Las religiones no nacen en la plaza pública á la voz de los legisladores ó de los demagogos. La religion de Chaumette y de la municipalidad no era sino una ópera popular trasladada de la escena al tabernáculo.

La inauguracion de aquel culto tuvo lugar en la Convencion el 9 de Noviembre. Chaumette, acompañado de los miembros de la municipalidad y escoltado de una multitud inmensa, al són de la música y de las canciones patrióticas, entró en el salon, llevando por la mano á una de las más bellas cortesanas de Paris. Un largo velo azul cubria á medias al ídolo. Un grupo de prostitutas compañeras suyas seguia detras, y otro grupo de hombres sediciosos las escoltaba. Aquella banda impura se esparció confusamente por el recinto é invadió los bancos de los diputados. Laloí presidia la sesion. Chaumette se adelantó hácia él, y quitando el velo que cubria á la cortesana, hizo brillar su belleza á los ojos de la Asamblea. «Mortales,—exclamó,—no reconozcais otra divinidad que la Razon; vengo á ofrecer su más hermosa y pura imágen.» A estas palabras, Chaumette se inclinó en ademán de adorarla. El presidente, la Convencion y el pueblo afectaron imitar aquella señal de adoracion. Se decretó una fiesta en honor de la Razon en la catedral de Paris. Los cánticos y las danzas acogieron aquel decreto. Algunos diputados de la Convencion, Armonville, Drouet y Lecarpentier, tomaron parte en aquellos bailes. Una gran parte de la Asamblea se mostró fria y desdénosa; satisfecha por haber votado aquellas saturnales, las abandonaba al pueblo, avergonzándose de tomar parte en ellas. Robespierre, sentado al lado de Saint-Just, aparentó estar distraido é indiferente. Su severo semblante no llegó á desarrugarse. Dirigió una mirada sobre el desórden del salon, tomó varias apuntaciones, y habló constantemente con el que estaba á su lado. El envilecimiento de la revolucion le parecia el más grande de los crímenes. Meditaba ya á sus solas el modo de reprimirlo. En el momento en que la orgía popular recibia más aplausos, se levantó con una indignacion mal contenida, y se retiró con Saint-Just. No queria sancionar con su presencia aquellas profanaciones. La salida de Robespierre desconcertó á Chaumette. El presidente levantó la sesion, devolviendo á la decencia el templo de las leyes.

XX

El 20 de Diciembre, día que se habia fijado para la instalacion del nuevo culto, el ayuntamiento, la Convencion y las autoridades de Paris fueron en corporacion á la catedral. Chaumette, ayudado por el actor de la Opera Lais, habia ordenado el plan de la fiesta. La jóven Maillard, actriz llena de belleza y de

talento, favorita de la reina poco ántes, querida siempre del público, se habia visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquin cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mujeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mujeres, los comités revolucionarios, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines



Destruccion de las tumbas de los reyes en San Dionisio.—Pág. 282.

de la Opera rodeaban aquel trono. La actriz llevaba en los piés el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apenas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotista fué llevada al són de los instrumentos hasta el pié del altar, y se sentó en el lugar en que poco ántes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenia una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada á alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha. Chaumette, recibiendo el incensario donde ardian los perfumes de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imágen mutilada de la Virgen

estaba á sus piés, y Chaumette apostrofó aquel mármol, desafiándole á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraian la vista y los oídos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundian con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que habia celebrado hacia tres dias en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrian de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La ligera superficie de Francia cedió á todos los vientos de Paris. Sólo habia la diferencia de que en lugar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mujeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella mujer, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba, y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet, entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mujeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

XXI

La devastacion de los santuarios y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Genoveva, patrona popular de Paris, arrojando las cenizas al viento. Persiguiéronse hasta en los sepulcros las tradiciones de la religion, así como se habian perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni aún la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion habia ordenado, en odio al trono, la destruccion de los sepulcros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra la historia y contra la humanidad, ordenando la exhumacion de los huesos, la expoliacion de las mortajas y la fundicion de las cajas de plomo para hacer balas.

Esta orden fué ejecutada por los individuos de la municipalidad con todas las circunstancias y con toda la irrision más á propósito para aumentar el horror de semejante acto. Aquel pueblo, enconado contra aquellos sepulcros, parecia exhumar su propia historia y arrojársela al viento. El hacha rompió las puertas de bronce que habia regalado Carlomagno á la basilica de San Dionisio. Verjas, artesonados, estatuas, todo cayó hecho pedazos por el martillo. Levantaron las piedras, violaron los sepulcros y deshicieron las urnas. Con una curiosidad burlesca registraron los cuerpos embalsamados, las carnes consumidas, los huesos calcinados y los cráneos de los reyes, de las reinas, de los príncipes, de los ministros y de los obispos cuyo nombre resuena en los fastos de Francia. Pepin, fundador de la dinastía carlovin-

gia y padre de Carlomagno, no era más que un monton de ceniza negruzca que se disipó en cuanto le dió el aire. Las cabezas mutiladas de Turena, de Duguesclín, de Luis XII, de Francisco I, rodaron por el suelo. Se andaba sobre un monton de cetros, de coronas, de báculos y de atributos históricos ó religiosos. Abrióse una inmensa zanja, cuyo interior estaba cubierto de cal viva, en uno de los cementerios exteriores, llamado de los Valois. Los perfumes exhalaban sus aromas en los subterráneos para purificar el aire. Despues de cada hachazo se oían las aclamaciones de los enterradores cuando descubrian los restos de un rey ó jugaban con sus huesos.

Debajo del coro estaban enterrados los príncipes y princesas de la primera raza y algunos de la tercera: Hugo Capeto, Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. Les quitaron los restos de sus trajes de seda, y los arrojaron en una capa de cal.

Enrique IV, que estaba embalsamado por el método italiano, conservaba su fisonomía histórica. En su pecho se descubrian aún las dos heridas que le causaron la muerte. Su barba perfumada y en figura de abanico, como se ve en sus retratos, mostraba el cuidado que aquel rey voluptuoso tenia con su cara. Su memoria, querida del pueblo, le protegió por un momento de la profanacion. La multitud desfiló en silencio por dos dias delante de aquel cadáver aún popular, puesto en el coro al pié del altar, y recibió despues de muerto el homenaje respetuoso de los mutiladores del trono. Pero Javogues, representante del pueblo, se indignó de aquella supersticion póstuma, y en pocas palabras se esforzó en demostrar al pueblo que aquel rey valiente y enamorado habia sido más seductor que servidor del pueblo. «Engañó—dijo Javogues—á Dios, á sus queridas y á su pueblo; que no engañe más á la posteridad y á vuestra justicia.» Y arrojaron el cadáver á la fosa comun.

Sus hijos y sus nietos, Luis XIII y Luis XIV, le siguieron. Luis XIII estaba hecho momia. Luis XIV era un monton de drogas aromáticas; en su muerte habia desaparecido entre los perfumes, así como en vida entre su orgullo. También franqueó sus sepulturas el panteon de los Borbones. Las reinas, los delfines y las princesas fueron arrancados de sus ataúdes, y sus huesos llevados á brazadas por los trabajadores y arrojados á la zanja. El último que sacaron fué Luis XV. La infeccion de su reinado parecia salir de su sepulcro. Se vieron obligados á quemar una porcion de pólvora para disipar el olor mefítico del cadáver de aquel príncipe, cuyos escándalos habian envilecido el trono.

En el panteon de los Cárlos, se encontró al lado de Cárlos V una mano de justicia y una corona de oro, y en el ataúd de su mujer Juana de Borbon, ruecas y anillos nupciales.

El panteon de los Valois estaba vacío. La justa ira del pueblo buscó allí en vano á Luis XI. Este rey habia mandado que le enterrasen en uno de los santuarios de la Virgen, á quien tantas veces habia invocado hasta para que le asistiese en sus crímenes.

El cuerpo de Turena, mutilado por una bala de cañon, fué respetado por el pueblo. Le ocultaron á la inhumacion, y se conservó nueve años en uno de los desvanes del gabinete de historia natural del Jardin de Plantas, entre varios restos de animales disecados. El sepulcro militar de los Inválidos fué el sitio destinado des-

pues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion á la fosa que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I y su mujer Nanthilde descansaban en un mismo sepulcro hacia doce siglos. Al esqueleto de Nanthilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos; los sepulcros estaban vacíos. Entónces se notó que faltaba un despojo, que era el de una jóven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella vírgen al sepulcro del claustro adonde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio, para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte; nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen sólo de la república.

LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El Terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José Lebon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre el jóven en Vesoul.

I

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de Francia. Carrier, en Nantes, se esforzaba por exceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot-d'Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos excesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido, como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendeanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labradores, y la pretendida complicidad de los habitantes de Nantes en estos sucesos, habian dado á Carrier un pueblo entero que llevar al suplicio.

Aquel hombre no tenia opinion, sino un instinto depravado; no conocia más ideas que el furor. El asesinato era su única filosofía, y la sangre su única sensualidad. En todas las épocas de la historia ha habido de estos hombres carnívoros, tanto en el trono como en el pueblo, y aún en el altar. Poco les importan las causas por que matan, con tal que maten. El crimen tiene una parte en todas las grandes conmociones humanas, y éstos son los representantes del crimen de todos los partidos. Carrier era natural de las montañas de la Auvernia, en donde los hombres son fuertes, duros y ásperos como su elima; poblacion que está aislada en medio de Francia por su raza y por sus costumbres, que parece tener en sus fibras alguna parte del fuego y del hierro de sus minas y de sus volcanes. Nacido Carrier en una aldea, y llevado despues á Aurillac al estudio de un abogado, se avezó á la práctica de las trampas mezquinas que extinguen los sentimientos del corazon y que agrian la palabra de los hombres de foro, convirtiéndose muy pronto el nuevo curial en declamador y agitador de su país; por la energía de sus conversaciones y por la ferocidad de su alma le escogieron para enviarle á la Convencion, creyendo ver en él un soldado invencible de la revolucion, cuando no era más que un verdugo. Entónces tenia más de cuarenta años. Sin talento para la